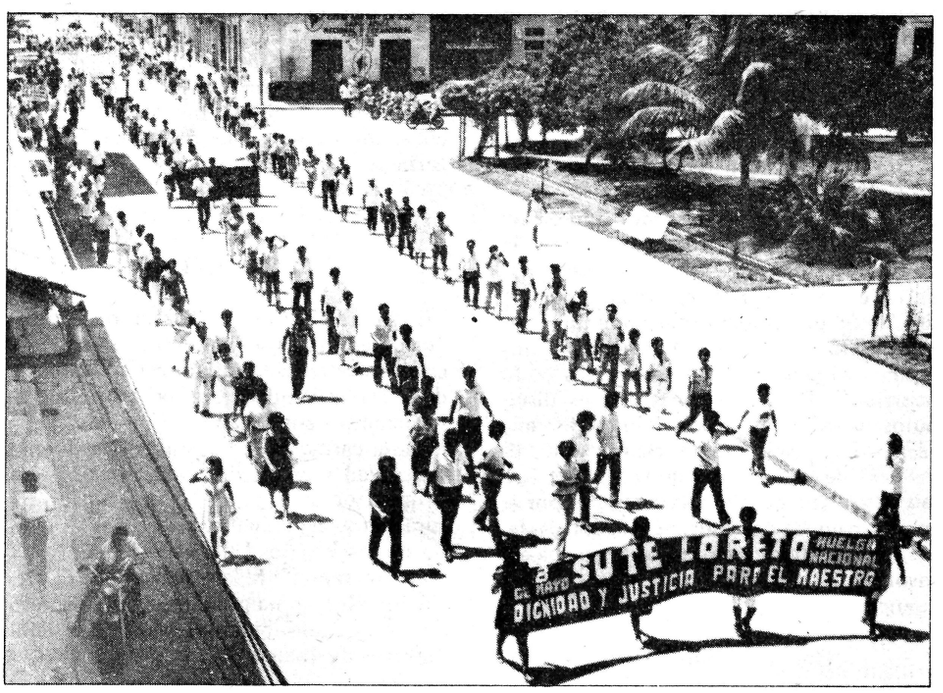
KANATARI

SEMANARIO DE ACTUALIDADES — AÑO III - 18 de Mayo de 1986 - No. 87

EL DIALOGO, UNICO CAMINO FRENTE A LA CRUDA REALIDAD



OTRA vez de modo incuestionablemente mayoritario se han cerrado los colegios. Ingenuo sería negar que cualquier huelga convocada por los gremios magisteriales de antemano no vaya a tener éxito. Y no precisamente por razones políticas. Ciudades y pueblos donde el magisterio ha brindado por años el más decidido apoyo al partido de gobierno, ahora se colocan de parte de la paralización escolar. Lo que evidencia que sobran motivos para exigir de nuevo mejoras económicas sustanciales para los responsables de la educación de nuestros hijos.

Lleva el magisterio quince años de luchas, de gritos no oídos, de ocupar las calles reclamando siquiera un mínimun de condiciones dignas de vida. Todo en vano. Como si todos y cada uno de los gobiernos se gozase en ver cómo han sido abandonados nuestros centros educativos por los maestros titulados, cómo se ha ido deteriorando más y más la mística docente, cómo se caen a pedazos nuestras aulas, y cómo la clase magisterial ha llegado a convertirse en uno de los grupos sociales más depauperados de todo el suelo patrio. ¿Hay quien se atreva a negar esta evidencia cruda y descorazonadora?

No se ha de arreglar el problema con laberínticas matemáticas, ni por explicaciones algebraicas sobre el incremento de haberes que ha realizado el actual régimen. No es cuestión de mejora: es problema de supervivencia. Si ha habido sectores de la producción nacional que han sido dignos de gozar de una atención presupuestal del Estado, antes que ninguno (con el respeto que los demás nos merecen por contribuir al bien nacional), están los forjadores de la niñez y juventud. No podemos seguir aceptando que nuestros educadores lleguen al fin de mes a su casa con cheques de 2.000 intis en el mejor de los casos y de 700 cuando no poseen titulación académica. La lógica política del Gobierno tiene que asumir la verdad del cansancio de los maestros que se cansan de reivindicar un lugar medianamente digno en la sociedad, mientras ven desalentados que cada día empeoran sus condiciones de vida.

Tenemos la impresión de que la dirigencia magisterial, en otro tiempo intransigente y obcecada en su precipitación política y su sectarismo partidario, ha adoptado una actitud más serena, pretendiendo por todos los medios un diálogo directo con el Gobierno y con el Ministerio. Y ello nos complace, porque creemos que es la única vía para evitar los estériles desgarramientos que hubimos de sufrir todos en aquella interminable huelga del 78, al término de la cual los maestros parecían espectros.

El APRA, cuya capacidad de trabajo y de imaginación por solucionar eficazmente los más urgentes problemas nacionales nadie puede negar, está en el momento de su gran posibilidad política: recuperar al magisterio con una escucha real y de fondo a sus problemas. Nadie va a perder aquí Todos ganaremos: los niños tristes sentados en las veredas sin saber qué hacer; los padres confiados en el futuro de sus hijos; la ciudadanía en general que también se siente sacudida por la movilización de millares de maestros: La paz, tan maltratada, ganará también. ¿Qué sentido tiene añadir una astilla más a esta hoguera de tensión en que vivimos? Aunque haya que paralizar la compra de armamento; aunque se tenga que restringir más aún la deuda externa, aunque para ello deban rebajar sus haberes quienes, por sus puestos jerárquicos o de confianza, perciben salarios de más del mil por ciento de un indigente educador. ¿Podemos seguir diciendo de este modo que en realidad amamos a los niños del Perú? ¿No dan a veces las manifestaciones de los maestros una impresión de caravana de indigentes?

Es posible el diálogo, señores. Es una exigencia ineludible. Nos guste o no, hay que ejecutar un cambio en el tratamiento al magisterio. El Gobierno tiene ahora su gran oportunidad.

"El pan debe llegar a todos. No puede sobreabundar para algunos y Faltar para los demás" (Juan Pablo II)